

Del **Martirologio Romano**: San Alberto, llamado «Magno», obispo y doctor de la Iglesia, que ingresó en la Orden de Predicadores; enseñó de palabra y en sus escritos las disciplinas filosóficas y divinas, y fue maestro de santo Tomás de Aquino, uniendo maravillosamente la sabiduría de los santos con la ciencias humanas y naturales. Después se vio obligado a aceptar la sede episcopal de Ratisbona, desde la cual se esforzó asiduamente en fortalecer la paz entre los pueblos, aunque al cabo de un año prefirió la pobreza de la Orden a toda clase de honores, y murió santamente en Colonia, en la Lotaringia Germánica († 1280) . Beatificado en 1622 por el Papa Gregorio XV, y canonizado el 16 de diciembre de 1931 por el Papa Pío XI.

MENSAJE Y ACTUALIDAD DE SAN ALBERTO

En la oración colecta de su fiesta, se invoca al Señor: «Tú que has hecho insigne al obispo san Alberto Magno porque supo conciliar de modo admirable la ciencia divina con la sabiduría humana, concédenos a nosotros aceptar de tal forma su magisterio que, por medio del progreso de las ciencias, lleguemos a conocerte y a amarte mejor». Al enseñar la filosofía como ciencia independiente, pero *ancilla* de la teología, ante todo abrió el camino al método escolástico más auténtico; luego contribuyó con clarividencia a reconocer en las ciencias un medio eficaz para hacer vanas ciertas imaginaciones especulativas que se confundían a menudo con la teología, considerando las artes liberales indispensables también para el estudio de la Escritura. Precisamente por la convicción de que entre ciencia y fe hay distinción, pero no contradicción, Alberto no renunció a ninguna observación o experimentación; tanto que se le tomó por alquimista o por un mago que se dedicaba a las ciencias ocultas (¡había construido automatismos de una prodigiosa perfección!), lo que retrasó su canonización. También la decidida defensa de santo Tomás -su discípulo más eximio-, hasta el punto de ir a París en edad avanzada para defenderlo, como asimismo su capacidad de asimilar la cultura latina, árabe y hebrea, prepararon el camino tanto a los místicos con su teología, donde la nota afectiva siempre es perceptible, como a los científicos modernos (su pseudofama de mago le haría precursor de la cibernética moderna). Justamente podemos acudir a su enseñanza de científico total de una sabiduría mística, por lo que pedía a Dios: «Querría ser un hombre



grato a tu voluntad».

La grandeza de este doctor, que se ha merecido el título de «Magno», consiste en haber sido uno de los geniales constructores de la Europa de su tiempo, contribuyendo a salvar su unidad política cuando hizo aprobar por el papa, en Lyon, como rey alemán (1273) a Rodolfo de Habsburgo. Luego, a través de sus viajes a las distintas universidades, donde reunía a estudiantes de diversas naciones en torno a su cátedra, dio una impronta religiosa a la cultura, centrada entonces en la filosofía y en la teología, y también a la incipiente búsqueda del método de observación de los fenómenos naturales (especialmente en la biología).

Además, introduciendo el método de combatir con las mismas armas (por ejemplo, de la filosofía aristotélica) los errores de sus adversarios (del pensamiento árabe defendido por Siger de Brabante), contribuyó a la fundación de aquel procedimiento «comprensivo» que nos lleva a estimar que toda ciencia humana experimental (o del espíritu), aun siendo objetiva, no puede prescindir de la comprensión de la mentalidad y de los argumentos de los temas estudiados. Por fin se deben recordar sus constantes acciones de mediación social, como árbitro de conflictos: en 1252, en 1256 y en 1264 en Würzburg, y también en Colonia por tercera vez en 1269-1274. Esta frase sigue siendo actual para nosotros: «Vete tú mismo a Dios; te será más útil que enviar a todos los santos que están en el cielo». Es decir, en la búsqueda del bien social y cultural, la importancia de la relación directa con Dios es insustituible.

(Síntesis de E. Lodi)

MUESTRA DE SU MAGISTERIO

Haced esto en conmemoración mía (Lc 22,19). Dos cosas hay que destacar en estas palabras. La primera es el mandato de celebrar este sacramento, mandato expresado en las palabras: Haced esto. La segunda es que se trata del memorial de la muerte que sufrió el Señor por nosotros. Dice, pues: Haced esto. No podríamos imaginarnos un mandato más provechoso, más dulce, más saludable, más amable, más parecido a la vida eterna. Esto es lo que vamos a demostrar punto por punto. Lo más provechoso en nuestra vida es lo que nos sirve para el perdón de los pecados y la plenitud de la gracia. Él, el Padre de los espíritus, nos instruye en lo que es provechoso para recibir su santificación. Su santificación consiste en su sacrificio, esto es, en su ofrecimiento sacramental, cuando se ofrece al Padre por nosotros y se ofrece a nosotros para nuestro provecho. *Por ellos me consagro yo*. Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, llevándonos al culto del Dios vivo. Es también lo más dulce que podemos hacer. ¿Qué puede haber más dulce que aquello en que Dios nos muestra toda su dulzura?... Es lo más saludable que se nos podía mandar. Este sacramento es el fruto del árbol de la vida, y el que lo come con la devoción de una fe sincera no gustará jamás la muerte. Es árbol de vida para los que la cogen, son dichosos los que la retienen. *El que me come vivirá por mí*. Es lo más amable que se nos podía mandar. Este sacramento, en efecto, es causa de amor y de unión. La máxima prueba de amor es darse uno mismo como alimento. «Era imposible un modo de unión más íntimo y verdadero entre ellos y yo»...

Composición, Manuel Longa Pérez